

mentos, fortines y guarniciones pueblerinas. La tenaz y feroz persecución del comandante Soubiran duró quince días con un resultado totalmente negativo. Con astucia Palarca supo rehuir el encuentro del enemigo, infiltrándose entre sus líneas y cambiando continuamente de posiciones.

Aun más, huyendo de sus perseguidores pasó al sur de Madrid y en Añover del Tajo, en el partido de Illescas (2 de septiembre), hizo frente inesperadamente a sus contrarios logrando derrotarlos de tal manera que las tornas variaron y el perseguido se convirtió en perseguidor por espacio de más de diez kilómetros. La victoria fué grande, porque con iguales fuerzas de caballería, de los franceses solo escaparon el comandante y seis soldados. Por su parte, si bien sufrió alguna pérdida fué escasa, aunque él pagó su contribución de guerra recibiendo una herida en el combate que no tuvo graves consecuencias. Al día siguiente envuelta su columna por fuerzas enemigas que habían acudido en socorro de sus derrotados compañeros y deseosos de rescatar a los prisioneros que llevaba, pudo pasar entre ellos sin ser apercibido y atravesando el Guadarrama y el Alberche con todos los cautivos que tenía llevó a sus fatigados hombres al valle del Tiétar, aunque una de las columnas francesas le persiguió tenazmente hasta aquellos lugares.

Restablecido de su herida y descansados sus hombres, el 11 y 12 de septiembre combatía en Escalona y el 16 en el Real de San Vicente. Eran ya muchos los méritos contraídos por D. Juan Palarca con su partida en accidentada, dura y cotidiana contienda y el gobierno militar supo premiar sus servicios ascendiéndolo desde alférez de caballería al grado de teniente coronel de Milicias Urbanas con fecha 30 de septiembre. La pericia demostrada y el servicio que prestaba al ejército aliado eran inapreciables, pues no contentándose como otros guerrilleros con mantenerse a la cabeza de la vanguardia del ejército, se infiltraba entre las líneas enemigas y tenía en sobresalto continuo a los destacamentos diseminados por las diferentes poblaciones y aldeas castellanas, donde la bandera roja, señalando el peligro y proximidad de las partidas, ondeaba diariamente en lo más alto de los campanarios de sus iglesias.

No descansaba. El 4 de octubre atacaba a la guarnición de Valdemoro, el 14 la de Belinchón, el 15 luchaba en los vados de Añover del Tajo y el 19 frente de Yuncos, donde con 270 caballos acometió a 240 granaderos que escoltaban un convoy, los cuales abandonándolo se hicieron fuertes en una ermita. Pese a la proximidad de varias guarniciones fran-

